



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

CAPITULO VI.

¿ESTAMOS APTOS PARA LA DEMOCRACIA?

Hasta ahora sólo nos hemos ocupado en estudiar la situación creada por el militarismo en México, dedicando nuestra atención preferente al actual régimen que consideramos como natural consecuencia de aquél.

Hemos visto los males acarreados al país por el absolutismo del General Díaz y sobre todo hemos procurado descifrar el porvenir que espera á la Patria Mexicana con la prolongación de este régimen, y lo encontramos pavoroso, pues hemos visto que con vertiginosa velocidad marchamos á un abismo en donde quedarán para siempre sepultadas nuestras virtudes cívicas y nacionales, así como nuestra libertad y muy pronto también nuestra independencia.

Sin embargo, recapacitando sobre nuestro pasado; relejendo nuestra historia, encontramos episodios tan sorprendentes, acciones tan heroicas, mexicanos tan grandes y magnánimos que han

parecido en nuestro suelo nacional con tanta oportunidad para salvar á la Patria, que nos ha parecido percibir la mano de la Providencia guiándonos hacia nuestros grandes destinos.

Toda nuestra historia tiene cierto sello de grandeza que impresiona, y ese sello no deja de tenerlo aun la misma Dictadura del General Díaz, pues fin de todo, nuestro actual Presidente ha podido llevar á cabo una obra colosal, y se ha rodeado de un prestigio en el extranjero y aun en el país, que le ha formado un pedestal altísimo, en la cima del cual ostenta su bronceada figura, siempre serena, siempre tranquila y con la mirada fija en los grandes destinos de la Patria.

El General Díaz no ha sido un déspota vulgar, la historia nos habla de muy pocos hombres que hayan usado del poder absoluto con tanta moderación.

La obra del General Díaz ha consistido en borrar los odios profundos que antes dividían á los mexicanos y en asegurar la paz por más de 30 años; esta, aunque mecánica al principio, ha echado profundas raíces en el suelo nacional, de tal modo que su florecimiento en nuestro país, parece definitivo.

La mano de hierro del General Díaz, acabó con nuestro espíritu turbulento é inquieto y ahora que vemos la calma necesaria y comprendemos cuán deseable es el reinado de la ley, estamos aptos para concurrir pacíficamente á las urnas electorales y depositar nuestro voto.



La primera parte de nuestro estudio, que ha consistido en escudriñar los hechos y sacar de ellos las deducciones lógicas, está incompleta, en ella sólo nos ha guiado la razón, la cual sólo puede actuar en el terreno de los hechos. Por esa circunstancia fuimos inflexibles para valorar la obra del General Díaz.

Si para nuestras investigaciones no pudiéramos disponer de otro instrumento que nuestra fría razón, nuestro trabajo ya hubiera terminado. Habríamos encontrado el porvenir muy pavoroso, nos veríamos sin armas para combatirlo, y tristemente deberíamos resignarnos á ver perecer á nuestra Patria querida.

Efectivamente, la razón nos revela las insuperables dificultades que existen para intentar en el terreno de la democracia una lucha fructuosa entre el pueblo adormecido, olvidado de sus derechos, y sin fuerzas ni deseos para reconquistarlos, y el poder absoluto apoyado por el prestigio del General Díaz, por los innumerables miembros de su administración, por los inmensos recursos de que dispone, por los cuantiosísimos intereses creados á su sombra, y mezclado con todos tan poderosos elementos, el brillo siniestro de las bayonetas y las bocas de fuego, listas para arrojar sus candentes proyectiles.

Al estudiar fríamente este problema, no se encuentra más solución que cruzarse de brazos y esperar estoicamente el porvenir, con tan pocas espe-

ranzas de salvación, como las que tendría una nave sin timón azotada por las embravecidas olas del mar.

Pero afortunadamente no es así. Penetrando más profundamente en el fondo de las cosas encontraremos fuerzas potentes, elementos importantes de combate, los mismos que han estado siempre al servicio de la patria en sus días de peligro.

Existen medios, conocidos por todos los grandes hombres de la humanidad, familiares para los creyentes, y que llamamos fe, intuición, inspiración, sentimiento, los cuales llevan á un terreno que la razón por impotente no puede abordar.

Esa fe siempre ha inspirado los grandes sacrificios y las abnegaciones sublimes; pero no es la fe ciega que cree sin apoyarse en la ciencia, sino la fe ilustrada y profunda de los clarividentes, quienes á través de la metódica y fría narración de los hechos, saben descubrir los grandes destinos de las naciones y llegan á percibir la misteriosa mano de la Providencia que solícita guía á los pueblos.

Bellísimos ejemplos de lo que significa y vale esa fe los encontramos en Cristo redimiendo á la humanidad, en Cristóbal Colón descubriendo un Nuevo Mundo, en Hidalgo proclamando la independencia de nuestra patria, y en Juárez defendiéndola del invasor francés.

Pues bien, esa fe que nuestros grandes hombres tuvieron en el brillante porvenir de nuestra patria, nos la han trasmitido, y la actual generación siente correr por sus venas la sangre generosa no en vano derramada por nuestros padres.

La nueva generación alienta vehementes deseos de libertad.

En el vasto territorio de la República se siente un estremecimiento, el precursor de los grandes acontecimientos, el del guerrero que antes de entrar al combate concede un momento de expansión á sus nervios.

Todo nos hace creer que la Nación mexicana se apresta al combate, y para el pueblo mexicano luchar es vencer. Lo esencial es que se resuelva á entrar en la lid.

Procuraremos estudiar con la mayor serenidad posible las fuerzas de que el pueblo dispone; pero antes de pasar adelante debemos una explicación al lector.

Quizás le haya extrañado la apreciación que al principiar este capítulo emitimos sobre el General Díaz, encontrándola poco de acuerdo con algunos de nuestros juicios anteriores.

La explicación es sencilla.

Ahora lo consideramos desde otro punto de vista: nuestro criterio ya no es guiado por la razón inflexible, sino por el sentimiento, que ve más hondo y más claro. Nosotros creemos que toda acción humana es determinada por factores muy diversos y complejos.

El valeroso soldado que en primera línea marcha al asalto puede ser impulsado á la vez, por el temor de que lo declaren cobarde, por la ambición de ascender, por la envidia, y en muchos casos, viendo imposible toda retirada, se resolverá á emprender alguna acción heroica. En todas esas cir-

cunstances no obra el patriotismo de un modo directo; sin embargo, la causa para que haya ido al ataque fué el amor á la patria, el cual sintió en un momento de entusiasmo ó le fué comunicado por alguno de sus amigos, animándolo para alistarse bajo las banderas.

También parece que sobre las naciones se mece un genio protector preparando los ánimos para hacerlos coadyuvar insensiblemente al mismo fin.

Esto pasa actualmente en nuestra patria; creyendo vislumbrar albores de redención, encontramos que el General Díaz puede ser uno de los instrumentos de la Providencia para llevarnos á nuestros grandes destinos.

Efectivamente, hasta ahora hemos hablado del General Díaz por los hechos pasados; pero, ¿quién nos asegura que este hombre extraordinario no vaya á consumir su carrera con una acción magnánima y generosa que le pondría en primera línea entre los grandes hombres no solamente de la patria, sino de la humanidad?

El juicio definitivo sobre el General Díaz corresponde á la historia, que podrá valorar serenamente el resultado de todas sus acciones.

Nosotros no sabemos cual será el último acto del gran drama nacional iniciado en Tecoac. ¿Presenciaremos una lucha en que la libertad bañada en sangre sea ahogada para siempre, ó bien resulte victoriosa en la contienda y el poder absoluto se desplome con ruido atronador?

Esos desenlaces sólo serán posibles si el General

Díaz se obstina en no hacer ninguna concesión á la voluntad nacional.

Pero si en vez de observar tal conducta el General Díaz, obrando con magnanimidad rara se resuelve á respetar la voluntad nacional, el final de su carrera será tan glorioso, que opacará su historia anterior y las faltas por él cometidas aparecerán pálidas ante los fulgores de su gloria.

El General Díaz por sí sólo, seguramente no observará tal conducta; pero viendo á la Nación exigirselo, quizás haga como el soldado que ante la difícil retirada se resuelve á cometer una acción heroica. El resultado será el mismo, pero mientras más espontánea sea la determinación del General Díaz, más le honrará.

En resumen, en los capítulos anteriores hemos juzgado al General Díaz tal como se ha presentado; pero también hemos juzgado con dureza á todo el pueblo mexicano, que se ha dejado arrastrar por la corriente avasalladora del servilismo.

En lo sucesivo y atentos al despertar de la Nación, juzgaremos al pueblo mexicano y al General Díaz como creemos puedan comportarse en la lucha. El pueblo fuerte; el General Díaz magnánimo.

Si el pasado acusa al General Díaz, el porvenir podrá reivindicarlo.

De cualquier manera que sea, el pueblo, que hasta ahora se ha mostrado indiferente por la cosa pública, asumirá en lo sucesivo el papel que le corresponde y principiará por hacer balance á la administración del General Díaz; aprovechando todo el

bien que éste le haya hecho y sin recriminaciones inútiles se dedicará á remediar los males que le haya causado.

Ese es el porvenir que soñamos para nuestra patria.

Veamos si es posible.



Lo esencial es saber realmente si estamos aptos para la democracia.

Dos factores importantes tendrán que influir de un modo poderoso en las luchas democráticas:

El primero, el pueblo.

El segundo, el Gobierno.

Estudiemos estos dos elementos separadamente.

**El pueblo mexicano
está apto para la
democracia.**

Según intentamos demostrar anteriormente, no es tan difícil como se aparenta creer el que un pue-

blo haga uso pacíficamente de sus derechos electorales.

La principal dificultad para que se implanten esas prácticas en nuestro suelo, la han querido encontrar algunos escritores en la ignorancia del ochenta y cuatro por ciento de nuestra población, enteramente analfabeta.

Nosotros creemos que se exagera la importancia de ese obstáculo, por falta de valor para denunciar el principal, del cual nos ocuparemos adelante.

Temen algunos escritores que el pueblo ignorante constituya un factor poderoso en manos del gobierno, que lo manejará á su voluntad, ó del clero, que lo llevará á donde quiera valiéndose de la influencia de los párrocos.

Algo cierto debe haber en el fondo de esa afirmación; pero nosotros hemos observado en algunos ensayos democráticos practicados en Nuevo León, Yucatán y en este Estado, que el pueblo seguía más bien á sus amos ó á las personas que le inspiraban más simpatía, y la autoridad sólo contaba con los empleados á su servicio y con los sirvientes de sus partidarios.

El clero no tomó parte en esos movimientos, pero algunos sacerdotes aislados sí intervinieron, luchando con entereza al lado del pueblo. El clero mexicano ha evolucionado mucho desde la guerra de Reforma, pues lo que ha perdido en riqueza lo ha ganado en virtud. Además, el clero seglar siempre ha sido partidario del pueblo; el que ha tendido á la dominación es el regular, pero éste ha desaparecido y acabado con su prestigio en México, y ya no intentará un imposible, como sería que retrogradáramos más de medio siglo.

Decimos esto, porque no nos parece oportuno preocuparse por la influencia del clero; éste se ha identificado con las aspiraciones nacionales, y si llega á ejercer alguna influencia moral en los votantes, será muy legítima; la libertad debe cobijar con sus amplias alas á todos los mexicanos, y no sería lógico pedir la libertad para los que profesamos determinadas ideas y negarla á los que

profesan diferentes. Con esa política falsearíamos la libertad y caeríamos en el extremo opuesto.

Es pueril temer en nombre de la libertad la luz de la discusión.

Mientras las armas del pensamiento sean usadas libremente por todos los mexicanos, no debemos temerlas. Que unos profesen una fé, otros otra; que unos crean en la eficacia de unos principios y otros los juzguen perniciosos, poco importa; por el contrario: vengan las luchas de la idea, que serán luchas redentoras, pues de su choque ha brotado siempre la luz, y la libertad no la teme, la desea.

No debemos, pues, temer la influencia del clero, ni mucho menos querer obstruir su acción siempre que sea legítima.

En cuanto á la acción de la autoridad, indirectamente es mayor sobre las masas, porque los grandes capitalistas generalmente son partidarios del Gobierno constituido y ocupan muchos obreros en sus talleres y jornaleros en sus haciendas, á los que fácilmente obligan á votar en favor de las candidaturas oficiales.

Esta acción, sin embargo, no debemos temerla grandemente, pues el Gobierno no se ha preocupado en disciplinar á sus partidarios porque no los ha necesitado, y el día que los necesite tendrá que hacerles algunas concesiones que redundarán en bien de la colectividad. Además, la influencia personal de los mandatarios es igualmente legítima y no debemos discutirla.

Cuando los gobernantes lleguen á la necesidad de recurrir á esas maniobras electorales, será porque se ha iniciado la lucha democrática, y con tal que no se recurra á medios violentos, la democracia no tiene nada que temer.

El pueblo ignorante no tomará una parte directa en determinar quienes han de ser los candidatos para los puestos públicos; pero indirectamente favorecerá á las personas de quienes reciba mayores beneficios, y cada partido atraerá á sus filas una parte proporcional de pueblo, según los elementos intelectuales con que cuente.

Aun en países muy ilustrados no es el pueblo bajo el que determina quienes deben llevar las riendas del gobierno.

Generalmente los pueblos democráticos son dirigidos por los jefes de partido, que se reducen á un pequeño número de intelectuales.

Estos están constantemente pulsando la opinión pública, á fin de adoptar en su programa lo más adecuado para satisfacer las aspiraciones de la mayoría; resultando de esto la constante evolución de los partidos. Así observamos en los Estados Unidos que el partido republicano, el de los capitalistas, tuvo que atacar á los *trusts* para poder conservar el poder por cuatro años más.

Aquí en México pasará lo mismo y no será la masa analfabeta la que dirija al país, sino el elemento intelectual.

Pasando á otro orden de ideas, diremos que la ley concede el sufragio á todos los mexicanos mayores de veintiun años, y lo que deseamos por lo

pronto es que se cumpla con la ley. Después, cuando las Cámaras sean nombradas por el pueblo, en uso de los derechos que le concede la ley electoral vigente, entonces será tiempo de reformarla, si la práctica demuestra que es defectuosa. Nosotros creemos que es posible emitir juicios sobre ella, porque desde que tenemos uso de razón no la hemos visto funcionar. Opinamos que será preferible observar la ley electoral por mala que sea, á seguir con el actual régimen, que no obedece á ninguna ley ni buena ni mala.

Hemos procurado demostrar que la ignorancia no es un obstáculo para que se implanten entre nosotros las prácticas democráticas, y ahora pasaremos á probarlo con hechos.

¿En la Grecia de Pericles y en la Roma de los Cónsules, habría más del dieciséis por ciento de sus habitantes que supieran leer y escribir ó estarían más civilizados que nosotros?

¿La Francia del 93 tendría tan desarrollada su instrucción pública, que en parangón con la nuestra no pudiéramos resistir la comparación?

Pues bien, los griegos y los romanos de aquella época, que en su inmensa mayoría no sabían leer ni escribir, que eran infantilmente supersticiosos y tenían costumbres tan bárbaras que no resisten comparación con nuestro actual estado de adelanto, estaban, á pesar de todo, perfectamente aptos para la democracia y precisamente á sus prácticas regeneradoras debieron la gloria de elevarse á una altura y grandeza no conocidas hasta entonces.

La Francia de 93, en su mayoría analfabeta,

llevó á cima una de las empresas más colosales que ha presenciado el mundo, tan pronto como implantó en su suelo las prácticas democráticas, aclimatadas tan rápidamente en ese país por tantos siglos sometido á la tiranía del poder absoluto, que el mismo Napoleón con su irresistible prestigio, no se atrevió á atacarlas en principio, y el haberlas conculcado en su esencia fué lo que acarreó su estruendosa caída.

Por último, el Japón de hace cuarenta años, era más ignorante que nosotros hace treinta, y sin embargo, gracias á la solicitud verdaderamente paternal del Mikado, que dió libertad á su pueblo, florecieron en su suelo las prácticas democráticas, que han elevado el Japón á un puesto envidiable entre las naciones civilizadas.

Volviendo ahora á nuestra historia, ¿qué mejor prueba puede haber sobre la aptitud del pueblo mexicano para la democracia, que la elección de representantes al Congreso Constituyente de 57, Congreso que honraría á cualquiera nación civilizada?

Y después, durante las administraciones de Juárez y Lerdo, ¿no hubo en el Congreso un partido independiente que hacía oposición á los actos del Gobierno cuando no estaban de acuerdo con sus aspiraciones? Ese grupo de representantes nombrados por el pueblo, ¿no fué ensalzado hasta las nubes por el mismo General Díaz?

Por último, los movimientos democráticos iniciados en Nuevo León, Yucatán y en este Estado, demuestran que el pueblo se aviene muy bien á

esas prácticas, como se evidenció por los numerosos clubs ramificados en las diferentes ciudades y subordinados á un club central, director del partido político. Estos partidos estaban perfectamente organizados, contaban con numerosos periódicos y eran dirigidos con acierto y patriotismo en las maniobras electorales, por las directivas electas oportunamente. Si estos partidos fracasaron en sus luchas, fué porque armados únicamente con el derecho, no pudieron neutralizar la influencia de la fuerza bruta empleada por el Gobierno. Además, un Estado solo nunca podrá luchar en contra de la Federación.

A pesar de que entonces los partidos populares fueron derrotados con armas de mala ley, el pueblo dió gran prueba de cordura; se vió asimismo vilmente ultrajado y perseguido, y no obstante, prefirió permanecer en paz antes de recurrir á medios violentos para hacer respetar sus derechos.

¿No son pruebas bastantes de que el pueblo mexicano ha olvidado la costumbre de acudir en todo caso á la revuelta?

¿No es de esperarse por esto que un pueblo respetuoso á sus autoridades, aun cuando infringen la ley, las respete más seguramente y con verdadera satisfacción, cuando en la misma ley apoyen sus actos?

Por otra parte, el espíritu de asociación ha echado hondas raíces en la República, como lo demuestran las formidables sociedades de ferrocarrileros, fogoneros, empleados de todas clases y obreros de las fábricas de tejidos de algodón.

Esas agrupaciones han dado prueba de gran cordura, de patriotismo y de verdadero espíritu de unión; sus asambleas revisten tal seriedad, sus acuerdos tienen tal sello de ilustración y de sentido común, que sus directores no representarían mal papel en un Congreso Independiente.

Por último, la prueba más notable del espíritu de unión y de la ansiedad que abrigan los pechos de los independientes por hacer algo en pro de la reivindicación de nuestros derechos democráticos, la tenemos en el Congreso de Periodistas, al cual concurrieron delegados hasta de los últimos confines de la República: de Yucatán, Sonora y Sinaloa.

En él se consolidó una unión estrechísima, y en lo sucesivo, toda esa falange de valientes luchadores marchará al unísono, y fortalecidos con la solidaridad, representarán un papel importante en la gran lucha que muy pronto presenciaremos entre el poder absoluto y la democracia.

Como conclusión de las razones expuestas, podemos afirmar enfáticamente que *sí estamos aptos para la democracia*.

Comprendemos que 30 años de no practicarla han atrofiado algo el organismo de la Nación; pero también comprendemos que cuanto más se deje pasar el tiempo, la atrofia será más completa.

Es, pues, indispensable, si no queremos que nuestra Patria llegue á verse miserablemente atrofiada, que hagamos un vigoroso esfuerzo para poner en movimiento su organismo.

¿La actual administración tolerará las prácticas democráticas?

Indudablemente que el principal obstáculo para que en nuestro país hayan podi-

do implantarse las prácticas democráticas, es el militarismo: éste no reconoce más ley que la fuerza bruta. Creemos haberlo demostrado suficientemente en el curso de este trabajo.

El militarismo será, por consiguiente, el principal escollo con que tropezará el pueblo para hacer uso de sus derechos electorales.

Veamos como podrá vencer este obstáculo.

Desde luego, el General Díaz que debe el poder á su espada victoriosa, difícilmente permitirá le sea quitado mientras su espada conserve su prestigio.

La conciencia nacional así lo comprende, y como todos opinan que vale más esperar la muerte del General Díaz, aun cuando esta situación se prolongue todavía por algunos años, con tal que el suelo patrio no vuelva á ser manchado con sangre hermana, resulta que no hay quien se anime á promover ningún movimiento democrático, porque prevalece la opinión de que se fracasará ruidosamente, si es que no se corren peligros mayores.

Nada difícil sería esperar unos cuantos años para hacer uso de nuestros derechos democráticos si tal cosa sucediera al abandonar este mundo el General Díaz, pues por más higiénica y arreglada que sea su vida, no puede ya prolongarse mucho. Es un error creer que las cosas pasen de tal modo.

Lo más probable es que se prolongue y aun se agrave el actual estado de cosas.

En vista de este obstáculo, ¿qué determinación tomar? ¿cuál el remedio para la situación presente?

El remedio consiste en luchar con constancia hasta que se logre el primer cambio de funcionarios por medios democráticos. Si la nación llega á organizarse fuertemente en partidos políticos, al fin logrará que se respeten sus derechos, y una vez obtenido el primer triunfo, se habrá sentado el precedente, y sobre todo, un gobernante que debe su poder á la ley, y al pueblo, siempre será respetuoso para con ellos y obedecerá sus mandatos.

Para obtener ese triunfo pueden contribuir muchos otros factores, pues viendo á la Nación tan fuerte por medio de la organización de partidos, algunos de los Gobernadores ó de los Presidentes cederán por temor á la opinión pública, ó porque ellos también se hayan contagiado de las ideas democráticas y quieran hacerse grandes por medio de una acción magnánima.

Sobre todo, hay que tener presente que cualquiera ventaja, concesión, ó conquista obtenida por las prácticas democráticas, será una cosa duradera, mientras que un triunfo, por importante que sea, obtenido con las armas, no hará sino agravar nuestra situación interior, sin contar con los peligros de una intervención, que aunque no creemos tan probable como muchos otros, no por eso dejamos de tomarla en consideración.

Reasumiendo lo que hemos dicho en este capítulo, encontramos que se ha calumniado al pueblo

mexicano al decir que no está apto para la democracia; quien no lo está, es el actual Gobierno, cuyo poder dimana de la fuerza, y por consiguiente, considera á ésta como ley suprema.

Hemos llegado á conseguir que toda la Nación respete la ley. Ya sólo falta que la respeten el General Díaz y los que lo rodean, para que la Nación pueda entrar de lleno en el ejercicio de sus derechos, á fin de restablecer en el fondo, el régimen constitucional.

Si el General Díaz llegara á dar el grandioso ejemplo de respetar la ley y la voluntad de la Nación en la próxima lucha electoral, sentaría un precedente que ninguno de sus sucesores quebrantaré y entonces sí coronaría su obra de pacificación, consolidándola con el prestigio de la ley, con la sanción de la voluntad nacional y con la gloria que le daría acción tan magnánima.

No hay que imaginarse que esto sea tan difícil. Hasta la fecha, al tratarse de elecciones presidenciales, muy pocos signos ha dado la Nación de que no quiere al frente de sus destinos al General Díaz, y ese asentimiento tácito, bien puede él tomarlo como la aprobación de todos sus actos. Por este motivo repetimos que aun no es tiempo de juzgarlo. Esperemos su conducta en la próxima campaña electoral, pues todo hace creer que habrá lucha, porque el pueblo comienza á darse cuenta del peligro que corre si sigue como observador impasible de los hechos, en vez de asumir su soberanía.

Por consiguiente, si estamos convencidos de que el pueblo mexicano está apto para la democracia y

que es indispensable principie á ejercer sus derechos, veamos cómo podrá organizar sus fuerzas.

Después estudiaremos la probable actitud de la actual administración frente al pueblo perfectamente organizado.
